

Edmundo, y siguió las ideas religiosas de este buen Príncipe (1). Aunque murió después de haber reinado nueve ó diez años, era todavía muy joven el Príncipe Edui para gobernar con prudencia. No tuvo para esto otras guías que sus inclinaciones y las gentes de su edad. Apenas acabó de comer con los prelados y señores del reino el mismo día de su coronación, los abandonó de repente para encerrarse con una muger á quien obsequiaba. Propuso el arzobispo Odon que pasasen algunos hombres de juicio y autoridad, á fin de que le manifestasen cuán extraña era su conducta. Fue elegido San Dunstano, que era entonces abad de Glastemburi, para esta comisión con un obispo pariente suyo; y representó al Rey con tanta viveza las consecuencias que podía tener su pasión imprudente, que habiéndole separado de los brazos de aquella infeliz muger, volvió á ponerle la corona y le llevó á la presencia del arzobispo. Mas ella ejerció la venganza con más ahinco que su Rey, y asestando su rabia contra el santo abad, no dejó tranquilo á Edui hasta que logró su expulsión, siendo después despojado su monasterio de todas las alhajas que poseía.

Consiguió no obstante el arzobispo con un procedimiento no menos singular que el genio de su nación, que saliese de la corte aquella concubina después de haberla desfigurado y marcado con un hierro hecho ascua. Teniendo el atrevimiento de presentarse segunda vez al cabo de algún tiempo, la cogieron

(1) *Vit. S. Od. num. 12.*

los criados del arzobispo, la cortaron las corbas, y acabaron con ella miserablemente. Formóse después un partido fuerte y numeroso que destruyó al Rey Edui, y puso en su lugar á su hermano Edgar. Celebró el nuevo Rey una junta general de todo su reino después de esta revolución; anuló las disposiciones injustas de su hermano, y procuró reparar todas sus violencias. Al punto levantó el destierro del santo abad Dunstano, y habiendo vacado entonces el obispado de Worchester, le obligó Edgar á que le aceptase. Le consagró el arzobispo Odon; pero en la ceremonia en vez de llamarle obispo de Worchester, le llamó arzobispo de Cantorberi, con cuyo motivo le avisaron los que estaban á su lado, creyendo que había padecido equivocación. „Hijos míos, les dijo, yo sé muy bien lo que hago, ó por mejor decir, lo que hace en mí el Espíritu de Dios. A la verdad, es ahora Dunstano obispo de Worchester, pero después de mis días gobernará toda la iglesia de Inglaterra.” Habiendo muerto el obispo de Londres, las necesidades urgentes de esta iglesia y de la Gran Bretaña en general fueron causa de que se diese también este obispado á San Dunstano, y de este modo fue á un mismo tiempo obispo de Londres y de Worchester. Muchos años antes había reunido San Medardo los dos obispados de Noyon y Tournai en las Galias.

Después de la muerte del santo arzobispo Odon, no parecía que hubiese de verificarse su predicción relativa á que había de sucederle en la silla que él

ocupaba. Hubo en efecto dos prelados que obtuvieron sucesivamente esta gran dignidad, por haberla rehusado Dunstano en las dos ocasiones de vacante con una constancia invencible. Pero el primero de estos dos arzobispos, llamado Elfino, que habia ganado los votos á fuerza de dinero, murió de frio yendo á Roma á buscar el palio; y el segundo, que se llamaba Berthelin, dió muestras de tan poca capacidad que fue preciso deponerle al cabo de algunos dias: por lo que se recurrió tercera vez á Dunstano, á quien persuadieron los obispos, de acuerdo con el Rey, que debia sacrificar su escrúpulo particular al bien general de la iglesia de Inglaterra. Marchó pues inmediatamente á Roma, donde recibió el palio, cumpliéndose así la prediccion de San Odon acerca de San Dunstano, que era sobrino suyo segun algunos historiadores y le sucedió en su dignidad.

8. Habia nacido en el pais de Ouessex cerca de Glastemburi, monasterio antiguo, cuyas posesiones se habian apropiado los Reyes, y en el cual no quedaba ningun monge (1). Sus padres cuidaron de que se le educase en esta casa, ocupada entonces por algunos irlandeses que enseñaban á la juventud. Despues de haber recibido las órdenes menores, pasó á la corte donde su ilustre nacimiento y su alta sabiduría le conciliaron la estimacion y aprecio del Rey Edmundo, el cual le cedió el territorio de Glastemburi. Pero la corrupcion del siglo hizo que se olvidase de las obligaciones en que estaba empeñado, sin

(1) *Act. SS. Bened. sæc. V. pag. 609. = Bolland. die 19. Maji.*

que bastasen para recordárselas los disgustos que son inevitables en los validos y ciertas desgracias nada comunes que le sobrevinieron. El piadoso obispo de Winchester Elfego, que era pariente suyo y le habia recogido en su casa, le exhortaba tambien aunque inútilmente, cuando le acometió una enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; y la eternidad mirada de cerca, triunfó de todos los obstáculos. Luego que curó, recibió el hábito monástico de mano de Elfego, el cual le ordenó de sacerdote despues de los intersticios convenientes, y le dió por título la iglesia de nuestra Señora de Glastemburi, segun la costumbre que no permitia ordenar á ningun secular ni regular sin que tuviese un título cualquiera que fuese.

Despues de haber hecho unos progresos muy sólidos en la piedad bajo la direccion del obispo Elfego, marchó á Glastemburi á asistir á su iglesia, y formó al lado de ella una celda mas parecida á un sepulcro que á la habitacion de un hombre vivo; no tenia mas que cinco pies de larga, dos y medio de ancha, y la altura precisa para poder estar de pie. El trabajo y la oracion, acompañada de ayunos rigurosos, le ocupaban todo el tiempo, y le atraieron un gran número de admiradores que publicaron sus virtudes por todas partes. Habiendo muerto sus padres, y no estando en Inglaterra escluidos los monges del derecho de heredar, como no lo están tampoco en otros varios paises, se halló en calidad de hijo único heredero de inmensas riquezas. Dió á la iglesia de Glas-

temburi las tierras que estaban mas inmediatas á ella, y estableció allí una comunidad numerosa de la cual fue el primer abad, fundando además otros cinco monasterios en varios parages, desde donde se esparcieron por todo el reino la piedad y la doctrina; de suerte que San Dunstano es mirado justamente como el restaurador de la Religion en toda la Inglaterra.

9. Pero fue aun mucho mayor su celo cuando se vió colocado á la cabeza de gueraquia Británica; pues visitó todas las ciudades del reino y de los países adyacentes, buscando á los que no eran todavía cristianos para convertirlos, y moviendo á los antiguos fieles á abrazar la virtud con tan devoto celo y elocuencia que era casi imposible resistirse á ella. Él hizo que el Rey Edgar castigase severamente á los ministros de la Iglesia que deshonoraban su profesion con su incontinencia, ó con la afición á la caza y con la solicitud de los negocios temporales y de los empleos lucrativos y sórdidos. Por medio de esta noble y sabia disciplina dió tal estimacion al estado eclesiástico en Inglaterra, que las casas mas ilustres tenian á mucho honor que le abrazasen sus hijos; y mostraron toda la emulacion que inspira la virtud cuando se acaban los medios vergonzosos de ascender á las dignidades. Se limpió el reino de todos los habitantes capaces de inficionarle, y salieron de él, por la autoridad del Rey Edgar, todos los ladrones, sacrilegos, perjuros, envenenadores, sediciosos, parricidas y las mugeres que conspiraban

contra la vida de sus maridos; en una palabra, todos los que podian escitar la ira del cielo, y turbar el orden y la seguridad pública.

El santo primado daba el primer movimiento y ponia la última mano á todas las buenas obras. Jamás se vió mayor actividad y perseverancia en el trabajo. Estaba continuamente ocupado, y la oracion era, por decirlo así, su único descanso. Además de esto se empleaba en terminar las desavenencias que se suscitaban, en pacificar los ánimos irritados, en refutar á los hereges, en corregir los egemplares defectuosos de los libros sagrados, en dar una idea exacta de la verdadera disciplina, en anular y revalidar los matrimonios segun lo exigian los casos, en reparar los lugares santos ó construirlos de nuevo, y en socorrer con las rentas de la Iglesia las viudas, á los huérfanos y á las personas desvalidas de cualquier clase y condicion que fuesen.

Su firmeza era igual á su actividad y beneficencia. Un caballero de los mas poderosos del reino se habia casado con una parienta suya, y no queria separarse de ella, sin embargo de que Dunstano se lo habia advertido ya hasta tres veces. El arzobispo le prohibió la entrada en la Iglesia. Pero el incestuoso imploró la proteccion del Rey contra el exceso de severidad que suponía en su pastor, y engañado el Soberano escribió al arzobispo para que levantase la censura. Lejos de conceder Dunstano la absolucion á un hombre que se habia valido de la mentira y del favor, escomulgó públicamente al reo hasta tan-

to que se corrigiese. Obstinándose mas y mas este grande, recurrió al Papa, y halló el secreto de obtener unas letras subrepticias, por las cuales se mandaba espresamente al arzobispo que le reconciliase con la Iglesia. „Cuando yo le vea penitente, respondió el santo, haré con mucho gusto lo que pide el Papa; pero no permita Dios que la Cabeza de la Iglesia me obligue á hacer despreciables sus censuras, y que ningun mortal me impida observar la ley del Señor.” El vigor del santo ministro puso á cubierto el honor del ministerio, y movió en fin á aquel hombre obstinado á que se arrepintiese sinceramente, de modo que no solo renunció su matrimonio ilícito, sino que celebrándose un concilio general del reino, se presentó en él con los pies descalzos, con un vestido grosero, y con un azote en la mano en señal de sumision; se arrodilló delante de su obispo llorando amargamente, y enternecido éste al ver sus lágrimas, le admitió á la penitencia y alzó la excomunion con grande aplauso de todo el concurso.

No fue menos la autoridad pastoral de San Dunstano respecto del mismo Rey. Sin embargo de que Edgar era muy religioso, incurrió en la impureza mas enorme y escandalosa. Habiendo ido al monasterio de Wilton, quedó prendado de la hermosura de una ilustre jóven que estaba en clase de educanda entre aquellas religiosas, y quiso hablarla á solas. La virtuosa y tímida pensionista tomó el velo de una religiosa, y se cubrió con él la cabeza, como si fuera una salvaguardia contra el peligro que temia. Dí-

jola el Rey acercándose á ella: „¡qué pronto te has hecho monja!” y pasando de las palabras á ciertas libertades criminales, y aun á la violencia, la quitó el velo y se abandonó al último esceso. ¡Infamia mucho mas escandalosa, dice el antiguo historiador de Edgar, si se considera que el Rey estaba ligado con el vínculo del matrimonio (1)! Pene-trado San Dunstano de un amargo dolor, fue á verse con el Rey, el cual salió á recibirle alargándole la mano como lo tenia de costumbre, para hacerle sentar en su trono; pero el arzobispo retiró la suya y dijo: „¡qué! ¿os atreveis á tocar con vuestra mano impura la mano consagrada por la consagracion del Hijo de la Virgen, vos que sois el corruptor de una virgen y el robador de una esposa destinada al Hijo de Dios? No creais que habeis de aplacar al amigo del esposo con las demostraciones lisongeras de vuestro afecto. Yo desprecio la amistad de los enemigos de Jesucristo.”

Edgar creía, como la mayor parte de los Príncipes que se dejan llevar de sus pasiones, que estaba muy oculto lo que tenia ya escandalizado á todo el reino. Hicieron en él una impresion vivísima las reconvencciones de Dunstano, en tales términos que se postró á sus pies, confesó su delito y pidió perdon llorando amargamente. El buen pastor le levantó inmediatamente sin poder contener las lágrimas, le dió las mayores pruebas de un celo tierno y puramente pastoral, y le puso á la vista toda la enormi-

(1) *Vit. Edg. num. 38.*

dad de su delito. Habiéndole dispuesto de este modo para una satisfaccion plena, le impuso una penitencia de siete años, en los cuales debia hacer limosnas muy abundantes, ayunar dos dias á la semana y no ponerse la corona; artículo muy singular, segun nuestras ideas, pero en un todo diferente y sin ninguna consecuencia en aquellos tiempos. A fin de reparar con mas entereza la falta cometida por el Príncipe, y restituir en proporcion de ciento por uno, si es permitido esplicarse así, la esposa que habia robado al Señor, ordenóle Dunstano que levantase un monasterio de vírgenes, que desterrase de las iglesias á los clérigos de malas costumbres, y pusiese en su lugar religiosos santos. Y por último le prescribió que promoviese el aprecio debido á la justicia y á todas las virtudes con leyes que se debian observar al pie de la letra.

10. Cumplió el Rey Edgar exactamente toda su penitencia, y sin duda dió á luz entonces las leyes que tenemos de él acerca de varias materias eclesiásticas. Prescribe en ellas estirpar del todo los restos de la idolatría, como la adivinacion, los encantamientos y ciertos honores muy semejantes á la adoracion que se tributaban á los hombres (1): encarga bautizar á los niños dentro del primer mes de su nacimiento, poco mas ó menos, y renueva la prohibicion apostólica de comer sangre. Establece tambien reglas para la confesion y cánones penitenciales: señala siete años de ayuno por el homicidio y por el adulterio; tres

(1) Tom. 9. Concilior. pag. 630.

á pan y agua, y los cuatro restantes al arbitrio del confesor. Mas estas penitencias son conmutables y redimibles, y por lo menos los enfermos pueden trocar el ayuno por limosnas, con cuyo objeto regula cada dia de ayuno en un dinero; moneda de aquel tiempo, suficiente para sustentar á un pobre. Puede trocarse igualmente por sesenta genuflexiones cada dia de ayuno, y otros tantos *Pater noster*, ó por cierto número de salmos. Equivale una misa á doce dias de ayuno: los ricos podian disminuir el tiempo de la penitencia si ayunaban por ellos otros todos los dias á que ésta se estendia; pero debian dar limosnas considerables, y hacer muchas obras penosas que se les prescriben personal é indispensablemente. Cita otra especie de penitencia muy recomendada entonces, y que se llamaba penitencia profunda, acostumbrada por las personas legas, y que consistia en ir con los pies descalzos á una peregrinacion distante, presentándose en todos los lugares devotos sin entrar en las iglesias, no acostándose dos veces en un mismo sitio, ni durmiendo en blando lecho, privándose de los baños calientes, no cortándose el cabello ni las uñas, y no probando la carne ni ninguna bebida capaz de producir la embriaguez.

Convocó San Dunstano en el mismo reinado con la autoridad del Papa y del Rey, un concilio de toda la nacion, al que concurrió Edgar, pronunciando contra el libertinage del clero un discurso vehemente, en el que brillan algunas imágenes que nos admirarian si no conociésemos la horrible confusion